



EL DUENDE VERDE

Joan Manuel Gisbert

**LA INVISIBLE
NAVE DE
LA NOCHE**

Ilustración: Dani Padrón

QUERIDO LECTOR

Vas a empezar a descubrir ahora algunos de los mejores cuentos y relatos de una buenísima narradora oral cuyo nombre es Berna.

Son historias antiguas y modernas, interesantes y asombrosas, acerca de magos, libros que hablan, desapariciones, misteriosas posadas, hechizos y encantamientos, mendigos que no son lo que parecen, castillos tenebrosos, personajes crueles y perversos... Y a través de esos relatos irá surgiendo una historia muy especial, inesperada y conmovedora, casi invisible al principio, y luego cada vez más intensa, que va a ser el corazón de la obra.

Creo que pronto vas a comprobar que tu imaginación es un buen lugar para dar vida de manera interesante a todo lo que contienen estas páginas.

No quiero extenderme más. Las historias del libro te están esperando. Y Senda, la muy joven protagonista que estará cerca de ti en todas ellas. Te deseo que pases muy buenos ratos a lo largo de esta obra y de todas las que leas de ahora en adelante.

Salud, y hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a long horizontal stroke extending to the right.

1

UN PLACER A LA HORA DE ACOSTARSE

UNA DE las cosas que más le gustaban a Senda era escuchar cuentos y relatos a la hora de acostarse. Había sido uno de sus grandes placeres desde niña y, por aquel entonces, con diez años cumplidos, lo seguía siendo de manera especial.

Y ello era debido a que su tía Berna, la hermana de su madre, era una de las mejores narradoras orales del país. A través de su voz y su presencia, historias de toda clase cobraban una vida muy especial. Actuaba en muchos lugares, casi siempre con éxito.

Cuando Berna no estaba de viaje, la hora de acostarse era para Senda uno de los mejores momentos del día. Se instalaba en su cama, recostada, sin tumbarse, con la almohada en la espalda, y esperaba...

Había una luz muy suave en el cuarto. El ambiente, estaba silencioso y en calma. Todo invitaba a escuchar.

Berna entraba poco después, intercambiaba una sonrisa con su sobrina y se sentaba en una pequeña butaca que estaba cerca de la cabecera de la cama de Senda.

Respiraba despacio, cerraba los ojos para concentrarse y a los pocos momentos anunciaba el título del relato que le iba a ofrecer.

El de aquella noche fue:

El teatro de magia más pequeño del mundo



2

EL TEATRO DE MAGIA MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO

BERNA EMPEZÓ enseguida a contar a media voz...

El Gran Sywgt, mago ilusionista único en la historia, se convirtió en leyenda no mucho después de haberse dado a conocer.

Motivos no faltaban. Era capaz de conseguir, ante los ojos asombrados de sus espectadores, apariciones, desapariciones, cambios, proezas y maravillas tan extraordinarias que muchos creían que era algo más que un artista de enorme talento. Pensaban que tenía poderes más o menos sobrenaturales; de otro modo, no le encontraban explicación a todo lo que era capaz de hacer en sus actuaciones.

Hacía brotar en el aire grandes flores de vivos colores, o puñados de ojos de cristal salidos de la nada, o abanicos decorados de manera preciosa, o bellas aves



desconocidas que volaban con deliciosa lentitud, o tantas otras maravillas... Y después todo aquello desaparecía y daba paso a otras apariciones igual de fabulosas.

De cajas o estuches que había mostrado completamente vacíos era capaz de hacer surgir piedras preciosas que emitían destellos de luz propia, o caracoles de oro que se movían, o pañuelos voladores casi transparentes que se anudaban y desanudaban en el aire, o tantas otras cosas inesperadas... que después se hacían invisibles y dejaban de existir. Era capaz de tal variedad de juegos, efectos y sorpresas que sería necesario mucho tiempo para mencionarlos todos.

Y también era algo único el teatro en el que actuaba. Se trataba del Teatro de Magia más Pequeño del Mundo.

Solo cabían allí cinco espectadores. Había cinco solitarias butacas que formaban una primera y única fila. Y no se admitía a nadie de pie. Nunca.

Sywggt ofrecía tres actuaciones al día. Las funciones duraban alrededor de tres cuartos de hora. Los afortunados espectadores salían asombrados. No podrían olvidar nunca lo que habían visto.

Para poder asistir a una de aquellas funciones había que reservar las entradas con cuatro o cinco años de antelación, y era muy difícil conseguirlas.

Pasado un tiempo, cuando al fin se conoció la causa oculta de todo aquello, la leyenda del Gran Sywggt